



Argentina: con Viola, todo será igual

SIMON MADA

El 28 de febrero, esbirros de la dictadura de Videla irrumpieron en la sede de una de las heroicas entidades defensoras de los derechos humanos en Argentina: el Centro de Estudios Legales y Sociales, que preside el abogado Emilio Fermín Mignone, ex subsecretario de Educación y ex rector de la Universidad Nacional de Luján. Como en agosto de 1979, vísperas de la visita de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA (cuando la Policía allanó dos de estas entidades y robó material probatorio de los atropellos oficiales), también en este caso los incursores se apoderaron de los atropellos oficiales, también en este caso los incursores se apoderaron de testimonios y ficheros. Pero lo más grave: capturaron al propio Mignone y a cinco de sus colaboradores, entre ellos una madre de la Plaza de Mayo y un eminente científico, José Federico Westerkamp, físico codescubridor del rayo láser.

Obviamente, era una represalia. Los prisioneros acababan de llegar de Europa, donde difundieron la realidad del terrorismo de Estado padecido por el pueblo argentino, en foros tan resonantes como un coloquio sobre "desapariciones" que tuvo lugar en el Senado francés y el grupo de trabajo sobre el mismo tema, que días más tarde habría de informar ante la conferencia anual de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU.

Presiones internas —por ejemplo, una enérgica declaración de protesta firmada por dirigentes de diez partidos políticos argentinos— incluyendo el peronismo y el radicalismo —y presiones externas, acabaron por arrancar a la dictadura, el viernes 6 de marzo, una renuente "libertad condicional" para Mignone y sus compañeros de cruzada. También pesó el hecho de que el jueves 5, cuando las Madres de Plaza de Mayo se disponían a efectuar como todas las semanas su manifestación silenciosa frente a la Casa de Gobierno de Buenos Aires, se les sumó el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, apenas retornado a su patria después de cuatro meses de giras por Europa y América. Ante la furia de la Policía, los presentes, entusiasmados, prorrumpieron a cantar el himno nacional.

Los acontecimientos tuvieron una resonancia imprevista en Estados Unidos. Es que la administración Reagan, anticipado su actual idilio con la dictadura argentina, rehusó presentar la protesta pública de costumbre ante este rotundo atropello a los derechos humanos. Y entonces estallaron las contradicciones. A la crítica de influyentes medios de prensa —el *New York Times* llegó a calificar de "hecho vergonzoso" la condescendencia del Gobierno estadounidense— se sumó el reclamo a Videla de catorce parlamentarios norteamericanos y hasta un anticomunista furibundo como el senador

Moynihan se deshizo de denuestos contra la política de los reaganáutas.

En tal contexto, la revista *Nesweek* en su edición del 16 de marzo, fustigó la actitud "solicita" de Washington ante las crueldades de Videla. Sin embargo, surgió que "la administración (Reagan) tal vez estuviera intentando un gesto de buena voluntad hacia el general Roberto Viola, quien asumirá la presidencia a finales de mes. También los activistas de derechos humanos —sostiene— alientan grandes esperanzas en Viola, quien proyecta montar el primer gabinete con mayoría de civiles desde 1976. La interpretación más optimista de los procedimientos policiales ocurridos la semana pasada es la de que el actual régimen (Videla) quería destruir la lista de desaparecidos antes de que Viola pudiese usarla para entablar un juicio contra los secuestradores de extrema derecha".

Mientras ese número del semanario estaba distribuyéndose, la realidad se encargó de desmentirlo a los ojos del mundo. El jueves 12, en una operación de violencia inusitada —hubo señoras arrastradas por el pavimento— un enorme contingente policial cargó contra la reunión de las madres de la Plaza Mayo, llevándose 68 detenidos, incluyendo a un sacerdote franciscano. En las

jornadas subsiguientes, "desaparecieron" dos jóvenes, uno de ellos para ser después liberado —denunció Pérez Esquivel— con claros signos de haber sufrido torturas.

En cuanto a lo que "los activistas de derechos humanos" piensan sobre Viola y sobre los presuntos "secuestradores de extrema derecha", les habría bastado a los periodistas de *Newsweek* leer el informe presentado por Mignone y Westerkamp al coloquio de París. Tras aclarar hasta la saciedad que las desapariciones, las torturas y los asesinatos clandestinos en Argentina no son obra de grupos aislados, sino parte de un programa coherente, realizado por las Fuerzas Armadas bajo el pretexto de la lucha "antisubversiva" (y que en él están comprometidos, sin excepción, todos los jefes y oficiales de alta graduación), Mignone y sus colaboradores recuerdan que "el teniente general Roberto Viola", jefe del Estado Mayor del Ejército entre 1976 y 1979; comandante en jefe después y ahora, en situación de retiro, presidente de la república designado por la Junta Militar, ha dicho: "Las Fuerzas Armadas no permitirán la revisión de lo actuado en la lucha contra el terrorismo" (*La Nación*, 12/4/80)".

Ideólogo del terrorismo

de Estado en la XIII Conferencia de Ejércitos Americanos que tuvo lugar en noviembre de 1979, en Bogotá (donde declaró que "el punto de vista común, de la legalidad" ya no tenía vigencia en lo que respecta a la contrainsurgencia), Viola es el autor de la lúgubre expresión "ausentes para siempre" a fin de referirse a los desaparecidos por el régimen.

De ahí que Pérez Esquivel, en su declaración de protesta ante las detenciones de las madres de Plaza Mayo, fuera todo menos "optimista". "Sabemos —puntualizó el Premio Nobel— que son parte de una escalada represiva contra el conjunto de la sociedad: gremialistas, empresarios, políticos y organizaciones de derechos humanos". Dichas certezas —agregó— "no nos permiten creer en un cambio de política de la futura administración". Naturalmente, salvo que sea arrancada por la lucha incesante de todo el pueblo. Pero aún en ese caso, no es probable que sea Viola el encargado de concederle.